

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO B)

Los tres textos que selecciona el leccionario del ciclo B de entre toda la actividad de Jesús en Jerusalén son representativos. El primero de ellos corresponde al domingo 31; en este año este domingo coincide con la Solemnidad de Todos los Santos, por lo tanto la Liturgia de la Palabra es la de la Solemnidad.

La segunda escena en su simplicidad, una parábola escenificada de lo que Marcos ha venido subrayando tantas veces como actitud ante Cristo; esta escena se lee en este Domingo XXXII (Mc 12, 38-44). Es como una conclusión del ministerio en Jerusalén, antes del discurso apocalíptico, correspondiente al domingo XXXIII (Mc 13, 24-32).

Vamos a dejar que sean las Lecturas que hablen, pues así nos daremos cuenta del mensaje de este domingo XXXII.

Primera Lectura: Lectura del Primer Libro de los Reyes, 17, 10-16

Esta lectura está elegida en función del evangelio; en ambos textos se habla de una viuda; pero debemos afirmar con claridad que esta lectura, no solamente tiene este valor, sino que ella misma contiene un mensaje sustancioso y digno de ser creído y aceptado.

De todos es conocido el texto del primer libro de los Reyes, 17, 10-16. Yo me limito a poner de relieve algunos aspectos, que indican su riqueza de contenido.

Sarepta es una pequeña población en Fenicia, precisamente la región de donde ha venido Jezabel con su culto extranjero. El poder del Señor se extiende también a esa tierra, y el profeta lleva allí la presencia del Señor. Por medio de su profeta, el Señor trae el pan de que vive el hombre, vinculado al mandato que da vida. Es una ciudad de Sidón, es decir, de un territorio que todos sabían que no pertenecía a Yahvé, sino a Baal. Y, sin embargo, hasta aquel lugar llega la sequía que manifestaba el poder del Dios de Israel, que, al mismo tiempo protege a quienes Yahvé favorece con un alimento milagroso parecido al maná.

El presente milagro del aceite y la harina tiene un claro tono polémico: si lo que se está jugando es la supremacía entre el Señor y Baal (dios fenicio de las cosechas y la fertilidad, de ámbito agrícola), el milagro en cuestión es un anticipo de la victoria del Señor que da el trigo (harina) y el aceite, dones atribuidos a Baal, incluso en el territorio donde éste reina y entre sus propios "súbditos. Elías le da la batalla al baalismo en su propio terreno. Es decir, le atribuye a Yahveh los mismos títulos y actividades que el pueblo idólatra aplicaba a Baal.

Creo que no es necesario analizar demasiado esta perícopa bíblica, pues su significado está bien expresado y resulta evidente.

Se levantó y se fue a Sarepta. Cuando entraba por la puerta de la ciudad había allí una mujer viuda que recogía leña. La llamó Elías y dijo: «Tráeme, por favor, un poco de agua para mí en tu jarro para que pueda beber.»

La viudez es sinónimo de necesidad, de indigencia; pero no se encierra en sí misma, sino que se abre a la generosidad; lo mismo hará la viuda del Evangelio de hoy.

“Cuando ella iba a traérsela, le gritó: «Tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano.»

Quizá este versículo, leído unilateralmente, nos puede sorprender, sino nos paramos en su literalidad, pues nos da la impresión de que Elías piensa más en él que en la pobre viuda. No se trata de contarnos una biografía de Elías, sino de comunicarnos una enseñanza.

Ella dijo: «Vive Yahveh tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo, lo comeremos y moriremos.»

Jurar por el nombre del Señor era profesión de fe: el narrador presenta a la viuda como si creyera en el Dios de Israel.

Ella está experimentando la maldición de la sequía, proveniente del Dios de Israel; no está enojada contra, sino que reconoce que es el Dios Verdadero, no Baal.

Elías exige un acto de caridad extraordinario unido a un acto de fe en su palabra: *«No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo»*

Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron ella, él y su hijo.

Más tarde, el mismo Jesús alabará la actitud de esta viuda y se referirá a este episodio como ejemplo del rechazado de Israel a sus profetas y de la gracia universal de Dios, destinada también a los gentiles (Lc 4, 25-26) 13-14.

En el milagro de Sarepta entran otra serie de motivos secundarios. La viuda de Sarepta simboliza y personifica a la gentilidad llamada a la fe. El milagro pone asimismo de relieve la confianza de Elías y de la viuda. A pesar de todas las apariencias en contra, Elías se fía en la palabra de Dios y mantiene su fe hasta el final. Igualmente la viuda obedece apoyada en la palabra de Elías. Lo mismo que la viuda del evangelio (Mc 12, 38-44), la mujer de Sarepta de pruebas de una gran generosidad. La generosidad perfecta no consiste en dar mucho o poco sino en darlo todo. El milagro de Sarepta pone de manifiesto la solicitud y providencia de Dios a favor de sus profetas.

Muy oportuno el estribillo del salmo responsorial: *Alaba, alma mía, al Señor* No solamente debemos poner en práctica el precepto del amor y creer en Dios, sino que todo esto debemos hacerlo con gozo, con alegría, con júbilo.

Segunda lectura: De la Carta a los Hebreos, 9, 24-28

Aunque la lectura segunda en los domingos no hace referencia directa al evangelio, no obstante es muy conveniente hacer una presentación de la misma, pues así leemos durante los domingos las Cartas apostólicas.

Estamos leyendo durante varios domingos como segunda lectura la Carta a los Hebreos; hoy proclamamos los versículos 24-28 del capítulo 9: *El sacrificio de la Nueva Alianza*.

Con este texto de la carta a los Hebreos llegamos al punto álgido de la teología de su autor sobre el sacerdocio y el sacrificio de Jesús.

El autor de la carta sigue haciendo ver la superioridad del sacerdocio y del sacrificio de Cristo sobre los del Templo.

El acto supremo del sacerdocio existencial de Jesús ha sido precisamente su sacrificio también existencial: el sacrificio de sí mismo. A partir de ahí se entiende el sentido de la Eucaristía y de la vida cristiana, como dos formas distintas, pero relacionadas y complementarias del vivir en Cristo.

Exponemos los versículos respectivos y hacemos un pequeño comentario de los mismos, no para encajarlos en la homilía, sino como camino de conocimiento de esta Carta a los Hebreos.

24 Pues no penetró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, en una reproducción del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro,

Cristo, por su glorificación o ascensión, entra en el santuario celeste: “*les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo.»*” (Hch 1, 11). No en la copia terrestre. Cristo, sentado a la derecha del Padre; pero cerca de nosotros mediante su espíritu. No estamos abandonados.

25 y no para ofrecerse a sí mismo repetidas veces al modo como el Sumo Sacerdote entra cada año en el santuario con sangre ajena.

Una vez para siempre, no cada año; ofreciendo su vida, no sangre ajena. Si el sumo sacerdote entraba una vez al año en el “*Sancta sanctorum*”, en lo más profundo del Templo, atravesando la cortina que lo separaba del resto, Jesús ha entrado “*en el mismo cielo para ponerse ante Dios e interceder por nosotros*”

26 Para ello habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Sino que se ha manifestado ahora una sola vez, en la plenitud de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante su sacrificio.

La nueva alianza, lo mismo que la antigua, se ratifica y consolida mediante el sacrificio. Lo que sucede es que en la nueva alianza no se trata de un sacrificio ritual, repetido una y otra vez, en el que el oferente y la víctima son distintos. Ahora se trata de un sacrificio, en el que oferente y víctima son una misma cosa.

Como en todo auténtico sacrificio, también en el de Cristo, con el que se inaugura la nueva alianza, hay derramamiento de sangre; también aquí la muerte de la víctima ratifica definitivamente la alianza, como sucede con las disposiciones testamentarias, que sólo a partir de la muerte del testador adquieren validez.

Sin embargo, el sacrificio de Cristo desborda en validez y eficacia a todos los sacrificios del Antiguo Testamento. Es único y definitivo; la condición pecadora del hombre ha sido destruida de una vez por todas; el camino hasta el trono mismo de Dios ha quedado abierto para siempre; los hombres pueden esperar alegres la salvación, porque son los depositarios de una esperanza mejor

27 Y del mismo modo que está establecido que los hombres mueran una sola vez, y luego el juicio,

28 así también Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez para quitar los pecados de la multitud, se aparecerá por segunda vez sin relación ya con el pecado a los que le esperan para su salvación.

. Ha aparecido ya en su encarnación y vida terrena; aparecerá de nuevo, pero no para volver a deshacer el pecado, sino para salvar a los suyos, que lo están esperando.

Parece indicar que ya ha sucedido el juicio de separación y que para los creyentes Cristo no viene como juez, sino solamente a consumir la salvación.

Nosotros confesamos y creemos que Jesús Ha venido; ha sido crucificado y ha resucitado. Los hombres, algunos han aceptado la muerte y la resurrección de Cristo; están salvados; otros no, aunque también para ellos Cristo ha muerto y resucitado. La suerte ya está echada aquí, mejor dicho, cada uno acepta su destino. Cuando Cristo vuelva, ya está la suerte echada, lo que hará es manifestar, anunciar esta suerte.

Con esto creo que quedan aclarados los versículos del capítulo 9, que hoy proclamamos en la Eucaristía.

Lectura del Evangelio: Mc 12, 38-44

Toda la sección que se inicia en 11, 1, cuyo objeto es presentar el juicio de Jesús contra el judaísmo farisaico, culmina en esta amenaza de condenación dirigida a los escribas

Los escribas y una viuda (12, 38-44). Los dos incidentes de esta sección (12, 38-40; 12, 41-44) forman un díptico en el que se pone en contraste a sus personajes. Los escribas, cuya ostentación e hipocresía se critica en este pasaje, son el tipo opuesto a lo que Jesús quería que fueran sus discípulos. Jesús advierte contra la búsqueda del honor y prestigio de los escribas y la sangría que hacían con los recursos de las viudas, al tiempo que mantenían su aspecto piadoso. Este texto no critica a todos los escribas, sino solamente a un cierto tipo, y ni mucho menos a todos los judíos.

Tened cuidado con los maestros de la ley, que gustan de pasearse lujosamente vestidos. Los escribas eran los intérpretes de la ley del AT. Los escribas que aquí se critican se exhibían en las manifestaciones públicas, especialmente en las celebraciones religiosas

Buscan los puestos de honor en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes: sentarse de cara al pueblo en el banco situado ante el arca que contenía los rollos bíblicos.

Estos, que devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones: En la antigüedad, los juristas podían ejercer como administradores de la propiedad de una viuda. Un modo de recibir sus honorarios era quedarse con una parte de la propiedad. Los juristas con reputación de ser piadosos tenían excelentes oportunidades para aumentar sus perspectivas de participación en este proceso

En correspondencia a su codicia e hipocresía, estos juristas recibirán una dura condena en el juicio final ante el más alto tribunal.

Los versículos 41-44 nos presentan un ejemplo contrario al comportamiento de los escribas.

Hay comentaristas, que señalan que en la literatura judía y en la de otros pueblos se encuentran paralelos muy cercanos de este relato, y sospechan que posiblemente se trata de una parábola que fue convertida en incidente del ministerio de Jesús. En cualquier caso, por seguir a la condena lanzada por Jesús contra los jefes judíos, suena como un presagio de esperanza en medio de este Israel que tan obcecado se muestra. Mateo omite este relato, Marcos y Lucas lo sitúan al final del ministerio de Jesús.

Jesús estaba sentado frente al lugar de las ofrendas,: El tesoro del templo coincide ordinariamente con los compartimientos en que se guardaban los objetos de valor; aquí puede referirse al atrio de las mujeres, a lo largo de cuyos muros se hallaban situados trece cepillos en forma de trompeta para recoger las ofrendas.

Pero llegó una viuda pobre, que echó dos monedas de muy poco valor. 43 Jesús llamó entonces. Equivalían a la moneda romana llamada Kodrantes, alrededor de la sexagésima cuarta parte del jornal de un obrero.

Ella, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir. Jesús mide el mérito de su ofrenda en términos del sacrificio que supone la donación de sí misma que en aquélla va implícita.

Podemos decir que este hecho (o enseñanza) tiene un significado simbólico, pues preludia la entrega su propia vida (de Jesús); no olvidemos que estamos en Jerusalén, donde va a morir.

Hemos intentado presentar el mensaje de este domingo XXXII del tiempo Ordinario y para esto hemos hecho que sean las lecturas que hablen: la primera lectura y el Evangelio.

